

el ejército de Níger, y redujo á algunos príncipes que habian tomado el partido de este competidor. Volvió despues á combatir á Albino, que fué destruido en campal batalla cerca de Leon, á principio del año 197. Severo, dueño único del imperio, volvió á Oriente á hacer la guerra á los partos, y en 198 dió el título de Augusto á Caracalla, su hijo primogénito, y el de César á Geta, que era el segundo. Señaló los primeros años de su reinado con horribles crueldades contra los partidarios de Níger y de Albino; pero manifestó al pronto alguna benevolencia á los cristianos, contra quienes suscitó luego una dilatada y violenta persecucion.



LIBRO IV.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO III HASTA LA PERSECUCION DE DECIO EN EL AÑO 250.

Ya estaba el cristianismo mucho tiempo hacia extendido por todo el imperio romano y aun entre las bárbaras naciones. Hallábanse fundadas Iglesias y existian una multitud de cristianos de toda edad y condicion, desde la Inglaterra y España, hasta la Scitia y las Indias. A mediados del siglo II notaba ya San Justino que se dirigian preces al Criador invocando el nombre de Jesucristo, no solamente entre los griegos, sino entre los bárbaros y scitas, que visolamente entre los griegos, sino entre los bárbaros y scitas, que vivian errantes en carros ó habitaban en tiendas provisionales. Pocos años mas adelante hablaba Bardesanes de los cristianos despararamados en gran número y en muy opuestos climas, en las Galias, entre los Partos, en la Media, en la Persia y en la Bactriana. En semejantes términos se expresan acerca de los inmensos progresos del Evangelio, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano y Origenes; porque era un hecho tan visible é incontestable, que los apologistas de la religion no dudaban de citarle á los paganos y judíos como una prueba de la divinidad del cristianismo. Los mismos paganos se quejaban de que sus templos se hallaban desiertos, y que las rentas para sostenerlos disminuian cada dia. Tan considerable era el número de los cristianos, que Tertuliano, en su apologia, dijo que les bastaba, para vengarse de sus perseguidores, ausentarse á otros paises, porque su retirada dejaria convertido aquel sitio en un desierto. Ellos llenaban las ciudades y los pueblos: multitud de ellos ocupaba todas las clases y empleos civiles y militares, forenses y senatorios, hasta los áulicos del palacio imperial: en fin, en todas partes se hallaban, menos en los templos.

Cuéntase entre los medios de que Dios se valia para obrar tantas conversiones, los milagros de los cristianos sobre todo, la excelencia de su virtud y la constancia y alegría que ostentaban en los tormentos. A pesar suyo admiraban los paganos aquella caridad perfecta que reinaba entre todos los fieles, el celo que los animaba para asistir á los pobres, á los enfermos y á los huérfanos, aquella abstraccion de los placeres pecaminosos y desprendimiento de todos los deseos terrenos; en una palabra, aquella inocencia de costumbres que brillaba en su conducta. Y cuando los veian sufrir con invencible paciencia los mas horrosos suplicios, procuraban cerciorarse del principio que causaba semejante generosidad: conocian lo absurdo de las calumnias propaladas contra ellos, y estudiaban el cristianismo, y en cuanto le comprendian, no tardaban mucho en amarle y abrazarle.

No contribuía menos á extender la fé el imperio que ejercían los cristianos sobre el demonio en nombre de Jesucristo. Orígenes dice: "Vemos muchos que despreciando la palabra de Dios y burlándose de lo que se les predica para su instruccion, se hallan poseídos de los espíritus infernales que los afligen con diversos tormentos. Entonces acuden al Señor, abrazan la fé y se convierten en hombres verdaderamente nuevos. Libértalos el Espíritu Santo, ocupa el lugar que antes Satanás, y llena su alma con su divina presencia. Estas maravillas suceden á vista de los fieles, que se regocijan de ellos en el Señor." Ocurria muy frecuentemente, que preguntados los demonios por los cristianos, se hallaban obligados á confesar públicamente, y oyéndolo los ídólatras, la divinidad de Jesucristo y todas las verdades de la religion. Era preciso que esta potestad fuese muy comun entre los fieles, cuando Tertuliano no se abstenia de asegurar que ninguno de ellos dejaba de lograr esta confesion de los endemoniados, con solo invocar el nombre de Jesucristo. Aun convidaba á que se hiciese la experiencia, y supplicaba á los jueces le permitiesen que se preguntase á sus dioses, ó á los que se envanecean de ser inspirados por ellos. "Si esos dioses, dice, no confiesan que son demonios y no dioses; si se atreven á mentir delante de un cristiano, castigad á éste como lo sería un impostor."

En fin, otro gran número de paganos se convertian atraídos con sueños y visiones mbiagrosas, en las que Dios los iluminaba y ablandaba sus corazones. El mismo Orígenes dice: "Ninguna duda tengo de que Celso se burla de mí; pero sus sarcasmos no me impedirán el asegurar que muchas personas han abrazado el cristianismo, como si dijéramos á su pesar, habiéndose mudado su corazón á consecuencia de extraordinarias apariciones, y en tanto grado, que en vez de la aversion que tenían á nuestra doctrina, la amaban despues hasta morir por ella. Tenemos ciencia cierta de un dilatado número de mudanzas y conversiones de esta clase, como que hemos sido testigos presenciales; pero no será necesario referirlas una por una." Tertuliano tambien confirma las apariciones súbitas, cuyos ejemplos se estamparán en lugar oportuno de esta historia.

Los admirables progresos del cristianismo irritaban incesantemente el ódio de los paganos, que permanecian obstinados en sus errores. Además de las calumnias y acusaciones de ateísmo, y otras de que antes hemos tratado, originadas todas de la supersticion del pueblo ó de las interesadas pasiones de los Pontífices paganos, motivos políticos servian tambien de pretexto para proscribir á los cristianos. Se los sentenciaba por solo el delito de intentar la mudanza de la antigua religion del Estado, se los perseguía como una faccion novadora y peligrosa que despreciaba las prácticas y costumbres protegidas por las leyes y respetadas en los pasa-

dos siglos. El sufrimiento heroico con que padecian los tormentos y la muerte en defensa de una doctrina extraña y prohibida, era mirado como una rebelion contra la pública autoridad; y la repentina conversion que se observaba, aun en aquellos que primeramente fueron sus mas atroces enemigos, hacia creer que tenían un encanto y secretos infalibles para atraer y persuadir á los que querian comprometer en su partido. Tales eran las causas diferentes de las persecuciones suscitadas contra ellos, unas veces por el fanatismo de los pueblos ó de los magistrados, y otras por las órdenes del gobierno.

En los primeros años de su reinado se manifestó el emperador Severo favorable á los cristianos; y aun se reparó que habia protegido á algunos de ilustre nacimiento, oponiéndose al furor popular que se declaraba en su contra. No se sabe qué motivo tuvo para cambiar de conducta en este punto: lo cierto es, que en el año de 202 publicó un edicto, prohibiendo á sus súbditos que abrazasen el cristianismo. Hallábase entonces en el Oriente, donde habia terminado la guerra contra los reyes que tomaron partido en favor de Níger, y atravesando la Palestina para marchar á Egipto, quiso castigar á los judios que se habian aprovechado de las connocciones últimas para rebelarse, y les prohibió, bajo las mayores penas, hacer prosélitos, sin permitirles circuncidar mas que á sus hijos. Puede que la cólera que mostró contra los judios, causase la prohibicion que fulminó contra los cristianos, porque afectaban confundirlos con aquellos, ó se dejó acaso vencer por las calumnias de sus enemigos, ó las alarmas de una política suspicaz. De cualquiera modo, la persecucion fué tan violenta instantáneamente, que muchos creyeron llegado el tiempo del Anticristo. Nadie se sorprenderá de esto, si fija su atencion en la fria crueldad de Severo, y en la obstinacion que siempre empleó para proseguir hasta el cabo lo que habia ya resuelto. Hubo, sin embargo, algunas Iglesias donde no se padeció tanto como en otras, ya aprovechándose de la avaricia de los gobernadores para lograr alguna tranquilidad á fuerza de dinero, ya porque otros menos injustos ó crueles, no se prestaban ligeramente á satisfacer el ódio ó las furiosas pasiones del populacho.

Pero en muchas partes no esperaron el edicto de Severo para entregarse á toda clase de violencias contra los cristianos. Dos años antes habia principiado la persecucion en el Africa, como se advierte en las actas de los mártires scilitanos, que padecieron en Cartago en 17 de Julio del año 200. Fueron doce, y el principal de ellos Sperato. Presentados al procónsul Saturnino, y despues de sufrir un interrogatorio, los mandó este encarcelar, volvió á llamarlos al tribunal, y les dijo: "Todavía podéis alcanzar vuestro pardon si quereis conducirlos con juicio y adorar á nuestros dioses." Tomando la palabra Sperato, respondió: "Ningun crimen hemos cometido

según las leyes. Muy distantes de haber dañado, ni injuriado a nadie, hemos sufrido, sin quejarnos, muchos malos tratamientos, y aun rogado á Dios por aquellos mismos que nos perseguían sin razón, porque en esto cumplimos con nuestro maestro, que nos lo dejó preceptuado." Hízole el procónsul muchas instancias para que se determinase á la adoración de los ídolos y á jurar por el emperador; mas viendo que nada podía lograr, volviéndose á los otros cristianos, les dijo: "No imiteis el ejemplo de este insensato; mas vale que temerosos de ofender á nuestro príncipe, obedezcais lo que os mando." Citino respondió por todos, que ellos adoraban á Dios que está en el cielo, que era el único á quien reconocían por su Señor, y á nadie mas temían que á él. Mandó el procónsul que los resituyeran á la prisión y pusiesen sus pies en cepos de madera. Al día siguiente volvieron á comparecer, y procuró persuadirlos á que mudasen de parecer, especialmente á las mugeres; pero éstas respondieron con valor que eran cristianas, y que jamás consentirían en adorar los ídolos de los paganos: que ellas darían al César los honores que le correspondían; pero que solo á Dios prestarían adornaciones y dirigirían sus oraciones. Mandó que las retirasen de allí para que los hombres se acercasen, y dirigiéndose otra vez á Sperato, le preguntó si perseveraba en llamarse cristiano: este le contestó: "Sí, lo soy todavía," y levantando la voz, añadió: "Todo el mundo lo oiga; yo soy cristiano." Todos los demas exclamaron repitiendo lo mismo. Díoles el procónsul tres días para que lo reflexionasen bien y se redujeran á la razón. Sperato dijo: "Nosotros somos cristianos, y jamás abandonaremos la fé de nuestro Señor Jesucristo: en esta inteligencia podeis disponer lo que os acomode." Viendo el procónsul la firmeza de esta resolución, ordenó al secretario que pusiera la sentencia siguiente: "Mando que se corten las cabezas á Sperato, Narzalo, Citino, Veturio, Félix, Acylino, Leticiano, Genara, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, porque han confesado y ratificádose en que profesan el cristianismo, negándose á honrar al emperador. Apenas oyeron la sentencia, cuando Sperato y todos prorumpieron en alabanzas y gracias á Dios, porque se dignaba de admitirlos en el cielo aquel día como mártires que padecían por confesar su nombre. Inmediatamente fueron conducidos al lugar del suplicio: pusieronse todos de rodillas, volvieron á dar gracias al Redentor, y fueron decapitados. Son los primeros mártires que se conocen en Africa, y fueron muy celebrados con el nombre de scilitanos, probablemente porque eran de la ciudad de Scilita en la provincia de Cartago. El procónsul Saturnino fué el primero que empleó la espada contra los cristianos en esta persecucion, y no tardó en recibir el castigo de su crueldad, perdiendo la vista.

Algunos años despues, es decir, hácia el año 205, ilustraron la Iglesia de Africa otros mártires cuya memoria es muy gloriosa. Co-

gieron en Cartago á Revocata, Felicitas, Saturnino, Secundulo y Perpetua, todos catecúmenos y en la flor de la edad: los dos primeros eran esclavos de un mismo amo. Perpetua era de una familia noble, tenía padres y dos hermanos, catecúmeno el uno: estaba casada y criando un niño, y tendría como unos veintidos años: tambien Felicitas estaba casada y en cinta á la sazón. Otro cristiano llamado Saturio, fué á presentarse voluntariamente en la prisión, para no abandonar á sus hermanos: volviéronlos encerrados á todos ellos. Tenemos la historia auténtica de su martirio, parte de ella escrita por Santa Perpetua, que empieza de este modo: "Cuando todos estábamos guardados por nuestros perseguidores, vino mi padre é hizo todos sus esfuerzos para apartarme de la fé, y como me estrechase fuertemente á causa del amor que me profesaba, le respondí: "Padre mio, ¿veis esa vasija de barro? ¿se le puede dar otro nombre que el suyo? No, me dijo. Pues de la misma manera yo no puedo llamarme otra cosa que cristiana, porque lo soy." Al oír esto se arrojó á mi para maltratarme, y á poco rato se retiró confuso y triste por no haberme podido hacer que mudase de resolución. Tardó algunos dias en volver, y me alegraba mucho, y daba gracias á Dios por el descanso en que su ausencia me dejaba, ahorrándome muchas contiendas y tentaciones. En este intermedio recibimos el santo bautismo, y al salir de las fuentes sagradas, me inspiró el Espíritu Santo que no pidiese á Dios otra gracia que paciencia en los tormentos. Poco despues nos condujeron á la prisión, y tuve un horrible estremecimiento al entrar en ella, porque jamás habia yo visto nada semejante á la oscuridad que reinaba en aquel espantoso calabozo. ¿Qué día tan cruel! Me abrasaba de calor porque estábamos muy estrechos, y ademas expuestos á la insolencia grosera de los soldados que nos custodiaban. Me consumia, ademas, el cuidado de mi hijo. Los bienaventurados diáconos Testio y Pomponio que nos asistian, obtuvieron con algunas gratificaciones el permiso para que pasásemos algunas horas del día en otro lugar menos incómodo á fin de refrescarnos. Luego que estuvimos fuera, mi primer cuidado fué dar de mamar á mi niño, que se moría de necesidad: le recomendaba eficazmente á mi madre, y exhortaba á mi hermano para que tuviese constancia en la fé. Me afligía profundamente el dolor que todos sufrían por mi causa, y así pasaba muchos dias en intolerable congoja; pero como me concedieron el permiso de guardar mi hijo en la cárcel, recibí grande alivio, y desde entonces me pareció la prisión mas agradable que un palacio. Mi hermano me dijo: "Hermana, yo sé muy bien que eres favorecida del cielo: ruega á Dios para que te manifieste si quedarás libre ó te llevarán al suplicio."

Santa Perpetua hizo oracion y tuvo una vision, en la que Dios la hizo ver una escala de oro, tan alta que llegaba hasta el cielo y tan estrecha que solo podia subir una persona. Al pié de la escala ha-

bia un dragon de enorme tamaño, en disposición de arrojarle á cual- quiera que intentase acercarse á ella: por los lados estaba guarnecida de navajas y otros instrumentos, en tal forma, que no teniendo mucho cuidado se corría peligro de ser despedazado. Saturio subió el primero sin recibir daño alguno, y volviéndose á Perpetua le decía: "Aquí te espero." Esta subió después, y se halló en un jardín delicioso en que vio á un hombre vestido de pastor y rodeado de una infinidad de personas vestidas de blanco; aquel sujeto le dijo con dulzura: "Hija mía, seas bienvenida," y dióle al mismo tiempo leche muy agradable que ella recibió entre sus manos juntas. Todos los que estaban presentes dijeron *Amen*; y en el momento despertó y paladeó en su boca un licor que daba al mismo tiempo que alimento una dulzura y gusto inexplicables. "No pudo menos de reconocer en esta figura la Santa Eucaristía, la imagen de la felicidad celestial, como se acostumbraba á dar á los mártires para disponerlos al combate: así juzgando que estaba destinada á la muerte por confesar y creer en Jesucristo, abandonó todas las esperanzas terrenas, para no pensar mas que en el cielo.

"A poco de esto, continúa la santa, corrieron voces de que íbamos á sufrir un interrogatorio: vino mi padre á la prisión, y me dijo con voces lastimeras: "Hija mía, ten piedad de mis canas, ten piedad de tu padre, si no soy indigno de este nombre. Si te acuerdas de mi ternura y de los cuidados que me causó tu educación, no me hagas el oprobio de los hombres. Aciérdate de tu madre, de tu tía, de tus hermanos y de tu hijo, qué no podrá vivir á tu lado. Amansa esa fiera, y obstinación que á todos nos va á perder; porque en adelante ninguno de nosotros se atreverá á presentarse, si eres sentenciada á un suplicio infame." Y cuando así me hablaba, me cogía las manos, las regaba con sus lágrimas, y arrojándose á mis pies, me hacía las instancias mas humildes y mas expresivas. Mi corazón se quebrantaba de dolor al ver su aflicción, sobre todo, pensando que él solo entre toda la familia sentiría mi martirio: traté de consolarle, y le dije: "Padre mio, no desmayes: nada sucederá mas que lo que Dios disponga, porque nosotros no somos árbitros de nuestra suerte, y solo dependemos de su santa voluntad." Por fin, se retiró en un todo abando y pesados.

"Al día siguiente, cuando estábamos comiendo, vinieron á conducirnos ante el magistrado; cuando llegamos estaba la plaza llena de un gentío inmenso, hicéronnos subir á un teatro, en que tenía el juez su tribunal: preguntaron primero á mis compañeros, y todos confesaron á Jesucristo. Cuando llegó mi vez, se presentó mi padre, y retirándose á un lado, volvió á conjurarme de nuevo que tuviese lástima de él, y de mi hijo, que me presentó en aquel instante. El prefecto Hilariano que ejercía la suprema magistratura en lugar del proconsul Minucio, que había muerto recientemente, tambien me instaba por su parte: "Considera la vejez de tu padre, evi-

tale la pesadumbre que le abruma: comuétvate el ver la inocencia y las lágrimas de tu hijo; consiente en lo que se exige de tí, sacrifica en honor del emperador y por su prosperidad." No respondí otra cosa que estas palabras: "Nada de eso haré." ¡Luego sois cristiana! me replicó; y sin tímear contesté: "Si lo soy." Mi padre permanecía en el tablado, y continuaba esforzándose para persuadirme: pero un alguacil le dió un varazo porque no se retiraba de allí como se lo había mandado el juez. Mas sentí yo aquel golpe, que si le hubiera recibido: tanto me había afligido el ver tratar así, por causa mía, á quien me había dado el ser. En aquel punto pronunció Hilariano nuestra sentencia, condenándonos á ser arrojados á las fieras.

Refiere Santa Perpetua despues la vision que tuvo en los siguientes dias, respecto de su hermano Dinócrates, que había fallecido á los siete años de su edad. "Yo le vi, dice, salir de un tenebroso lugar, pálido el semblante, todo cubierto de sudor, al parecer con una sed insufrible y ardorosa, conservando patente la úlcera que tenía á su fallecimiento. Mediaba tanta distancia entre nosotros, que no pude acercarme á él. Cerca del desgraciado había un grande estanque lleno de agua, y su baranda era mas alta que la estatura de mi hermano, de modo que no podía alcanzar, á pesar de los esfuerzos que hacía para lograrlo y apagar su sed. Desperté me la fatiga que esta horrosa vision me había causado viendo el sufrimiento de mi pobre hermano, sin embargo de que conservé la confianza de poderle aliviar. Púseme en oracion rogando á Dios por él con el mayor fervor para que le libertase de tan dolorosa situación, y no cesé hasta el momento en que fuimos trasladados á la prisión del campo para servir de espectáculo en las fiestas que se hacían en honor del César Geta. El día que nos pusieron en cepos volví á ver á Dinócrates en el mismo sitio, con el cuerpo limpio, bien vestido, fresco el semblante, y en lugar de la llaga tenía su cicitriz. La baranda del estanque estaba rebajada hasta la cintura del jóven, de modo que podía beber en él con toda facilidad: tambien tenía Dinócrates un frasco de oro del todo lleno, donde debía repetidamente sin que se disminuyese el agua. Cuando ya había saciado bien la sed, se marchó á jugar con los demas muchachos, y desperté yo, conociendo que se hallaba salvo de todos sus tormentos." Aquí se ve claramente la fé que tenían los primitivos cristianos en la eficacia de las oraciones en favor de los difuntos.

Despues de referir las dos últimas tentativas que hizo su padre en la prisión, para tratar de separar á Santa Perpetua de su firme resolución, cuenta otra vision en que Dios le proporcionó traslucir la facilidad y las recompensas de los combates que tenía que sufrir, y concluye así su relacion: "Comprendí que había de luchar no contra las fieras, sino contra el demonio, y entonces me aseguré de que le vencería. Lo que sucedió hasta la víspera del espectáculo es esto: lo que suceda en él, otro podrá referirlo si quisiere."

Hallábase Felicitas en cinta de ocho meses, y como el día del espectáculo se acercase, previendo que podía dilatarse su martirio, porque no era permitido ajusticiar á las mugeres embarazadas durante este estado, se afiija mucho temerosa de que la reservasen para otra época y en compañía de verdaderos criminales. Todos los mártires participaban de esta pesadumbre, y puestos en oracion tres días antes del suplicio, rogaban á Dios por ella: en el mismo instante principió á sentir los dolores que preceden al parto. Como la violencia de estos la obligase á veces á gritar, díjole un guarda: "Si te quejas ahora, ¿qué será cuando te halles en medio de las fieras?" Felicitas le contestó: "Ahora soy yo sola la que padezco: pero entouces estará el Señor en mí, para conllevar mis penas, porque yo combato por él." Parió, finalmente, una niña, de quien se encargó una cristiana y la crió como si fuese su hija.

El alcaide de la prision (Pudencio), acatando la virtud de los mártires á quienes estimaba, los trató con mucha benevolencia, y dejaba entrar á visitarlos á sus pacientes y á las personas que venian á traerles limosnas ó consuelos; y mas adelante, movido al considerar los efectos sobrenaturales que en ellos ejercia la gracia, no tardó en abrazar la fé. Habian hecho creer algunos al tribuno encargado de su custodia que podian burlar á los carceleros con encantos de magia: así mandó que se tomasen las precauciones convenientes para impedir su evasion, no exentas de rigor. Santa Perpetua le dijo: "¿Por qué niegas todo desahogo á unas personas que dependen del César, y que están destinadas á combatir en sus fiestas? Honor vuestro seria que nosotros compareciésemos en ellas en un buen estado." Sonrojóle al tribuno esta salida, y mandó que los tratasen con mas blandura y permitieran las visitas de sus pacientes. En la víspera de la lucha recibieron el convite que se llamaba *cena libre*, y que segun costumbre se hacia en público; pero los santos convirtieron este festin de disolucion en una comida de caridad modesta. No hablaron al pueblo de otra cosa que de amenazas, presentándoles el juicio final, en el que al fin serian castigados, y por otra parte, aseguraban que la mayor felicidad era sufrir por Jesucristo. Satorio reprehendia á los idólatras su curiosidad inhumana, diciéndoles: "¿No teneis suficiente con el día de mañana para contemplarnos á vuestro gusto, y satisfacer el odio que nos teneis? Parece que nos veis ahora con cierta compasion; y mañana aplaudireis nuestra muerte. Pues bien, miradnos al rostro, enteraos bien para que podais conocerme en el terrible día del juicio." La mayor parte de los espectadores se marcharon espantados, y muchos se convirtieron á la fé.

Llegado el día del espectáculo, condujeron á los mártires al anfiteatro, excepto á Secundulo, que murió en la cárcel: se veia retratada la alegría en su semblante, notándose tambien en su porte y en sus discursos. Felicitas se reputaba dichosa por haberse resta-

blecido para mejor pelear como los otros: iba la última Perpetua con los ojos bajos, llena de modestia y gozosa por la felicidad que la esperaba. Cuando estaban á la puerta del anfiteatro, quisieron ponerles los ornamentos de costumbre, que eran para los hombres un manto encarnado, como el de los sacerdotes de Saturno, y para las mugeres una venda blanca al rededor de la cabeza, como las sacerdotisas de Ceres. No quisieron los mártires admitir estos disfraces de los idólatras, y el tribuno consintió que entrasen en el teatro con sus vestidos ordinarios. Perpetua cantaba segura de su triunfo. Revocato, Satorio y Saturnino amenazaban con la cólera del cielo al pueblo que los miraba. Habiendo llegado á vista de Hilariano, exclamaron todos con tono de seguridad: "Tú nos juzgas; pero Dios te juzgará." Irritado el pueblo pidió que los azotasen los conductores de fieras que se hallaban presentes con látigos para gobernar á estas, y tambien para los condenados que pasaban á su frente. Dios concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado: un leopardo y un oso sucesivamente acometieron á Revocato y Saturnino, y los maltrataron cruelmente, hasta dejarlos tendidos en la arena llenos de heridas. A Satorio le echaron primero un javali y luego un oso, que no le hicieron ningun mal; y como despues de estas dos pruebas le llevarán junto á una de las puertas del anfiteatro, se encontró allí con el carcelero Pudencio, y le dijo: "Ya ves cómo hasta ahora no me ha tocado fiera alguna, segun te anuncié en la prision; pero ahora voy á morir muy pronto por la simple mordedura de un leopardo." Y así fué que al concluirse el espectáculo, se arrojó sobre él un leopardo con tal ferocidad, que de un solo bocado le tendió en el suelo inundado en su sangre, y volviéndose á Pudencio, le dijo: "Acuérdate de mí fé; y que mi muerte en vez de desanimarte te sirva de ejemplo y de fortaleza." Pidióle entouces un anillo que llevaba este en un dedo; le sacó, y despues de empararle en su sangre, se le devolvió como una prenda de amistad, y en el mismo instante murió en el parage en donde se degollaba á los que no habian rematado las fieras.

A Perpetua y Felicitas las desnudaron y metieron entre redes, para que las destrozase una vaca enfurecida: á peticion del pueblo las sacaron de aquellas y les pusieron unos vestidos muy anchos. Perpetua fué la primera á quien se arrojó la vaca, y despues de haberla volteado muchas veces, cayó la santa de espaldas en el suelo; reparando que tenia rota la túnica por un lado, recogió al punto los bordes, y poniéndose inmediatamente en pié, se compuso sus cabellos sueltos y desordenados en la lucha, para no llevar esta señal de duelo en el día de su triunfo verdadero. Acercóse á Felicitas que yacia en el suelo maltratada, y dióle la mano para que se levantase. Juntas marcharon hacia uno de los pórticos del anfiteatro; y hallando en él á un catecúmeno llamado Rústico, Perpetua, como quien despierta de un profundo sueño, preguntó si no estaba

destinada á ser víctima de una vaca furiosa; y como le refriesen lo que habia sucedido y no quisiese creerlo, le presentaban en el vestido señales muy ciertas, y en su cuerpo tambien, de aquella horrorosa escena. Llamando entonces á su hermano y á Rústico, les dijo que perseverasen firmes en la fé, conservasen la caridad, y no se dejasen vencer ni aun titubear, por miedo á los tormentos. Pidió el pueblo que seacesen á los mártires en medio de la plaza para acabar de matarlos; y ellos solos y voluntariamente fueron al sitio señalado despues de darse el ósculo de paz, y fueron degollados por gladiadores jóvenes, á quienes se confiaban estas justicias por via de ensayo ó aprendizaje. A Perpetua tocó en suerte uno muy torpa, que dió muchos golpes, obligándola á quejarse varias veces en fuerza del dolor; pero recobrando muy pronto su tranquilidad, ella misma le señaló el parage donde debía darle para acabar su martirio, como sucedió.

Por las obras de Tertuliano, especialmente por su exhortacion á los mártires y su carta á Scapula, se viene en conocimiento de todo lo que tuvieron que sufrir los cristianos en la provincia de Cartago. No fué la persecucion menos violenta ni larga en el Egipto, á donde Severo pasó en el año 202, muy luego de la publicacion de su edicto. En este mismo año murió por defender la fé en la ciudad de Alejandria San Leonidas, padre de Origenes, con un gran número de cristianos de aquella y de otras provincias. Cuando estaba Leonidas en la cárcel, su hijo, que tenia diez y siete años, le escribia exhortándole á que se mantuviese constante en la fé; y él se hubiera entregado á la misma suerte, si su madre no hubiese empleado todos sus esfuerzos para detenerle. A San Leonidas le cortaron la cabeza y confiscaron sus bienes, por lo que su viuda, cargada con siete hijos, se vió reducida á la extrema pobreza. Con todo, el celo de Origenes no se restringió, ni cesó durante esta persecucion de exhortar á los mártires y asistirlos: entre ellos se cuentan muchos discipulos suyos. El primero de estos que padeció, fué San Plutarco, cuyos amigos se atrevieron á usar de las mayores violencias contra Origenes, á quien suponian autor de aquella desdicha: el segundo fué Sereno, que murió quemado; el tercero Heraclides, todavia catecúmeno: el cuarto Heron, acabado de bautizar; y el quinto otro Sereno, que despues de haber sufrido muchos tormentos fué decapitado. A éstos añade Eusebio el soldado Basilides, de quien vamos á hablar, y una doncella llamada Heraida, que fué tambien entregada á las llamas siendo catecúmena. No se puede fijar precisamente el año de su martirio, que ocurrió entre 203 y 211 siendo prefecto Aquila, y un poco despues que Origenes se encargó de la escuela de Alejandria.

Tambien en este intermedio padeció en la misma ciudad Santa Potamiana, una de las mas célebres víctimas de esta persecucion. Era una esclava joven, dotada de gran belleza, con quien empleó

su amo todos los medios imaginables para corromperla: no habiéndolo podido lograr, aunque se valió de promesas y amenazas, la denunció por cristiana al prefecto Aquila, le ofreció una suma considerable de dinero si lograba que consintiese en acceder á sus deseos, no haciéndole en este caso daño alguno; pero que de lo contrario la sentenciasen á muerte. No omitió el prefecto artificio alguno para servir al denunciador; pero no dando la santa oídos á sus instancias, la hizo padecer diferentes tormentos; y por último la amenazó, diciendo que la mandaria echar en una caldera de pez derretida é hirviendo, que al momento prepararon á su misma vista para mas atemorizarla. Pero nada fué capaz de doblegar á esta generosa doncella, que no respondió mas que esto: "No permita Dios que haya un juez tan injusto que intente obligarme á cometer una accion infame." No pudiendo ya contenerse el juez, la sentenció á ser despojada de sus vestiduras, y arrojada en la caldera preparada. Como fuesen á ejecutar la primera parte de la sentencia, pidió en defensa del pudor que no se la desnudase, y por gracia particular, que la introdujeran despacio y derecha en la caldera, con lo cual duraría mas el tormento: "Entonces vereis, añadió, el temor que tengo á vuestros suplicios, y las fuerzas y paciencia que da á sus mártires el Dios que adoro y vosotros desconocéis." Concediéronle lo que pedía, y habiéndole introducido los pies en la caldera, tardaron tanto en bajarla á ella, que padeció horriblemente por espacio de tres horas. Al mismo tiempo estaban quemando á su madre Santa Marcela.

Un soldado llamado Basilides, que habia servido de guarda á Santa Potamiana antes de su martirio, la trataba con mucho miramiento, esforzándose para separar al pueblo que intentaba insultarla. Prometió la santa que inmediatamente que se hallase en el cielo, intercederia por él, y que sentiria en su interior los efectos de su agradecimiento. A pocos dias los compañeros de Basilides quisieron obligarle á que jurase por los falsos dioses, y respondió que no podia hacerlo porque era cristiano. Creyeron al principio que se cambiaba; pero cuando vieron que seriamente se ratificaba en lo mismo que afirmó, le acusaron ante el prefecto, que le mandó encerrar. Vinieron á visitarle en la cárcel los cristianos, y por él supieron que se le habia aparecido Santa Potamiana á los tres dias de haber sufrido el martirio, y traia una corona que le puso en la cabeza, asegurándole que Dios le habia concedido la gracia de su conversion, y que no tardaria en subir á la gloria. Basilides recibió en la cárcel el bautismo, y al siguiente dia le cortaron la cabeza. Santa Potamiana se apareció á otras diferentes personas, que abrazaron la fé cristiana.

En las Galias, y particularmente en Leon, fueron martirizados muchos fieles durante esta persecucion. Asegúrase, que viendo Severo el gran número de fieles que todos los dias se multiplicaban,

dió órden á sus soldados de que cercaran la ciudad, y acabasen con todos los que confesaran que lo eran, lo que parecería increíble si por otra parte no se supiera que en otras ocasiones Severo se había portado con horrorosa crueldad, y que todo el suelo del imperio le había regado con torrentes de sangre cristiana. En esta misma persecucion ocurrió el martirio de San Ireneo, cuya data se fija en el año 203; pero es necesario ponerle mas tarde y hácia el de 205, si es cierto, como parece, que fué condenado por el mismo Severo, cuando pasó de viage para Inglaterra. Se puede tambien creer que la sangrienta persecucion de que hablamos antes, se ordenó en 199 despues de la derrota de Albino cerca de Leon. De todos modos los martirologios antiguos traen que el santo obispo fué sacrificado con casi todo su pueblo; y una antigua inscripcion que hay en Leon á la entrada de la iglesia, atestigua que fué prodigioso el número de mártires; lo que corroboran en sus escritos San Eucherio y Gregorio Turonense: fué enterrado por el presbítero Zacarías, que despues le sucedió.

Habia formado San Ireneo muchos operarios evangélicos para predicar la fé en las ciudades inmediatas. De este número fué San Ferreo, presbítero, y San Ferrutino, diácono, primeros apóstoles de Besanzon, martirizados hácia el año 212, al principio del reinado de Caracalla, cuando aun duraba la persecucion de Severo. Estiraron sus cuerpos por medio de poleas, y los desgarraron á latigazos: despues les cortaron la lengua; y como no cesasen de predicar á Jesucristo, les clavaron lesnas en las manos, en los pies y en el pecho, y últimamente, les cortaron la cabeza. Fueron sepultados en una cueva, cerca del pueblo en que San Agnato, arzobispo de Besanzon, descubrió sus cuerpos al fin del IV siglo.

San Félix, presbítero, y los diáconos Fortunato y Aquileo, todos tres discipulos de San Ireneo, sufrieron por el propio tiempo el martirio en Valencia (Galizia), despues de haber convertido casi á la tercera parte de los vecinos de ella. Hizolos comparecer á su presencia el presidente Cornelio, y se esforzó, aunque en vano, en intimidarlos á la vista de los tormentos maudados aplicar á los cristianos, tanto en Leon como en otras ciudades. Advirtiéndole que no desistían en virtud de las amenazas, ni seducidos por las promesas, los mandó castigar de una manera dolorosa y cruel, finalizando con decapitarlos. Para el suplicio los condujeron fuera de la ciudad, y los mártires no cesaban de anunciar á Jesucristo á la multitud que iba á presenciar este espectáculo. Refiérese que en la misma persecucion sufrió el martirio el diácono San Anseo, discipulo de San Policarpo y apóstol del Vivarais; y se dice que habiéndole hallado Severo cerca del Ródano predicando en una aldea, mandó que le abrieran la cabeza con una espada de madera para que fuese mas doloroso el suplicio.

Aunque no tenemos mas noticias sobre esta persecucion, es sip

embargo cierto que los cristianos sufrieron muchas crueldades en otros diferentes sitios. En el Oriente, y reinando Severo, muchos, cuyos nombres se han conservado, perecieron; pero no se saben las circunstancias de los suplicios que fueron ordenados. Herminiano, gobernador de Capadocia, se distinguió por su ódio violento á los fieles; pero no escapó del castigo que merecieron sus injustas persecuciones con una enfermedad que le hacia arrojarse guanos del cuerpo. En Italia, y sobre todo en Roma, el pueblo y los magistrados se manifestaban igualmente encarnizados contra los cristianos. Se les quitaba la vida con la espada, en las hogueras, exponiéndolos á las fieras, y frecuentemente los dejaban extenuarse en las cárceles despues de haber despedazado sus carnes con varas ó garfos de hierro: en los anfiteatros pedía el populacho con horribles alaridos la muerte de aquellos: no contento con perseguirlos y apedrearlos en los momentos de licencia, llevaban su encono hasta los sepulcros, arrancaban de ellos los cadáveres y los hacían pedazos, violando un asilo respetado por los mismos salvages. Todas estas maldades refiere Tertuliano en su *Apologético* y en su libro titulado *el Scorpiano*; dos obras que dió á luz al principio de la persecucion, y segun toda apariencia, antes del edicto de Severo. Ademas de las antiguas calumnias sin cesar reproducidas contra los cristianos, habia en Roma un pretexo particular para perseguirlos, fundándose en un rescripto del mismo emperador que mandaba se delatase al prefecto de aquella ciudad á todos los que hubiesen concurrido á sociedades prohibidas: abusando de esta disposicion, presentaban á los cristianos como enemigos del Estado, y tambien porque en las fiestas y regocijos públicos no se entregaban á la disolucion como los demas, y no asistian nunca á las ceremonias que tenian carácter de idolatría.

Tertuliano, que entonces escribió una elocuente apología en favor de los cristianos, nació en Cartago por los años 160. Era hijo de un centurion de las tropas proconsulares, y se llamaba Quintus Septimius Florens Tertullianus. Crióse en la idolatría, y aun se habia mofado á los principios de la religion cristiana, y habia pasado su juventud en los mayores desórdenes. El mismo lo confiesa, y reconoce que debia pasar el resto de su vida haciendo penitencia. A pesar de su conducta estragada, se dedicó con frinto á varias ciencias, particularmente á la jurisprudencia y leyes romanas. Aprendió las lenguas griega y latina, y por sus obras se echa de ver lo versado que estaba en la historia y la mitología, y que entendía perfectamente la filosofia pagana. Desengañóse de la falsedad del paganismo; pero no se saben ni la época ni las circunstancias de su conversion. Apenas fué cristiano, se hizo célebre en todas las Iglesias por las obras que hizo para la instruccion de los fieles y para la defensa de la religion contra las innovaciones de los hereges y las calumnias de los paganos. Pero no perseveró, y á la

mitad de su vida adoptó los errores de Montano, creyendo que había reconocido en él al Paráclito. Fijase su caída en el año 205, cuando tendría de edad unos 45, porque se cree que murió muy viejo. No pudo su orgullo sobrelevar ciertas afrentas que le hicieron algunos eclesiásticos romanos; creyó que la envidia había movido á estos para semejante conducta; y según San Jerónimo, se irritó hasta el extremo de separarse de la Iglesia universal. Otros afirman que le sedujo Próculo, famoso montanista, que entonces se hallaba en Roma y que gozaba de una gran reputación de elocuencia y de virtud. Además, era Tertuliano naturalmente severo, y se inclinaba siempre á lo más riguroso: así su genio duro y pronto debía fácilmente acomodarse con una secta que afectaba profesar una vida más rígida, y se alababa de una continencia más perfecta que los mismos católicos. En fin, hizo el calor de su imaginación, y dió asenso fácilmente á los falsos delirios y revelaciones de Montano y de sus discípulos, tanto que no dudó escribir seriamente que el alma era un cuerpo de figura humana, sólido y palpable, pero trasparente, todo porque una mujer montanista decía que lo había reconocido así en un éxtasis. En cuanto erró tomó la tarea de insultar sin cesar á los católicos, llamándolos hombres carnales, groseros é ignorantes, que no eran bastante espirituales para reconocer las operaciones del Espíritu Santo, y según el estilo de los hereges de aquel tiempo, los apellidaba psicicos. Por último, también se apartó de los montanistas para formar una secta particular. En tiempo de San Agustín todavía se hallaban sectarios de Tertuliano; tenían una Iglesia en Cartago, pero su número disminuía diariamente. San Agustín acabó de ilustrar y convertir á los pocos que habían quedado. Ignórase en qué año murió Tertuliano; pero se cree que fué hacia el año de 245, en el reinado de Filipo; desgraciadamente no hay señales de que se reconciliase con la santa Iglesia y volviera á su seno.

Tertuliano es el más antiguo padre latino, cuyas obras han llegado á nosotros, y aunque hay pocas en que no se encuentren opiniones del todo inadmisibles, ó á lo menos expresiones duras ó chocantes, se hallan sin embargo tanta piedad en las que escribió siendo católico, y tanta valentía y elevación de espíritu é ingenio en las apologeticas, cuando defende la verdad aun después de incurso en la heregía, que con razón se las mira como uno de los manantiales más preciosos para el estudio de la religión. Su estilo es duro, incorrecto; pero lleno de energía, de viveza y de imágenes, que sirven para que resalte más la fuerza ó sutileza del concepto. También abundan la hinchazón y mal gusto en ellas, algunos símiles falsos y triviales, movimientos exagerados, pensamientos y raciocinios más fantásticos que sólidos, principalmente en los escritos publicados después de su prevaricación.

Las obras de Tertuliano pueden dividirse en tres clases: las diri-

gidas contra los paganos, las que combaten á los hereges, y finalmente las que compuso para la instrucción de los fieles, tratando materias de disciplina y de moral. Entre las de esta última clase se deben distinguir sobre todo, los tratados del bautismo, de la penitencia, de la oración, de la paciencia y de los espectáculos, los dos libros dedicados á su esposa, y algunos otros que escribió así como estos, mientras estaba en el seno de la Iglesia católica.

El libro del bautismo se escribió contra una mujer llamada Quintila, de la secta de los cainitas, que trató de combatir la necesidad del bautismo, y hacer despreciable su sencillez. Tertuliano justifica la necesidad en virtud del mandato expreso de Jesucristo, y por la exclusion del reino de los cielos de los que no le hayan recibido. Despues expone las circunstancias y ceremonias relativas á la administración de este sacramento. Enseña que lo mismo puede conferirse con agua del mar, de un estanque, de un río ó de un pilon: que en primer lugar al obispo y despues á los presbiteros y diáconos, toca y pertenece su administración; pero que los legos pueden y deben hacerlo en caso de necesidad; finalmente, que el solemne día del bautismo es el de Pascua y los intermedios hasta Pentecostes; pero que puede conferirse en cualquier día y á todas horas. Describe también las disposiciones necesarias para recibirle, y nos muestra como establecido ya el uso de los padrinos para responder por el niño. Dice que al salir del agua se nos unge, y de aquí viene el nombre de cristiano; que se imponen despues las manos sobre el nuevo bautizado, invocando al Espíritu Santo, para manifestar claramente que debía seguir el sacramento de la confirmación que antes se administraba inmediatamente despues del bautismo (1). Parece que Tertuliano no admite el bautismo de los hereges; pero sus expresiones pueden entenderse en sentido ortodoxo; dice así: "No es su Dios ni su Cristo como el nuestro; por consecuencia, ni el bautismo tampoco, y como no es legitimo éste, se puede concluir que no existe, como sucede á todo ente nulo." Dedúcese de estas palabras, que el pensamiento del autor se cifra precisamente á los hereges de su tiempo, porque en lo general alteraban la forma del sacramento, ó á lo menos no tenían la intención de hacer lo que la Iglesia hace, pues que afectaban el bautizar en nombre de un Dios distinto del Criador, y de un Cristo que no era Jesucristo. Porque se ha visto en lo que dejamos escrito anteriormente de los delirios de los gnósticos, que en efecto su mayor número no admitían el Dios de los judíos, y por consecuencia el de los cristianos, y que

(1) La prueba evidente de que Tertuliano distingue estos dos sacramentos, es que les atribuye efectos completamente distintos, es decir; al bautismo el perdón de los pecados, y á la unción é imposición de manos el don del Espíritu Santo. La misma diferencia establece en su tratado de la resurrección de la carne, de manera que es manifiestamente imposible no ver en esto, como opinan los protestantes, mas que una simple ceremonia del bautismo.



si daban el nombre de Cristo al ministro de que Dios se había servido para ilustrar el mundo, no le tenían por tal Jesús, ni por la segunda persona de la Trinidad, como que muchos se aplicaban este nombre á sí mismos, y otros á una potestad diferente del Hijo de Dios.

En el tratado de la oración, Tertuliano ensalza la excelencia de la oración dominical como compuesta por el mismo Jesucristo, y que encierra en compendio las máximas del Evangelio en cierta manera. Después explica cada petición en particular, y para concluir combate algunas prácticas que introducían los fieles, como el no atreverse á rezar sin haberse antes lavado el cuerpo, ó á lo menos las manos, y el retirarse de las oraciones del sacrificio los días de estación (1) para no exponerse á perder el ayuno acaso por los agapes (comidas) que seguían á aquellos. Por el mismo libro se advierte, que era costumbre cuando rezaban, tener las manos levantadas y extendidas en forma de cruz.

En el tratado contra los espectáculos, Tertuliano enseña que debe huirse de ellos, exponiendo los numerosos peligros que presentan, y haciendo ver que son opuestos á la verdadera piedad y á la solemne promesa hecha en el bautismo, de renunciar al demonio y á sus pompas y sus obras. Cuenta el ejemplo de una mujer, que habiendo asistido al espectáculo, volvió de él poseída del demonio; y como en el exorcismo se reprendiese al espíritu inmundo porque se había atrevido á encerrarse en una cristiana, respondió con mucho aire: "yo estaba en mi derecho: la he hallado en mi casa."

Por los libros de Tertuliano á su mujer, se infiere que era casado, y que ella era cristiana lo mismo que él. El primero tiene por objeto inclinár á su mujer á que permanezca viuda en el caso de que él falleciese antes. El segundo es para persuadirla á que si no quiere continuar en la viudez, case con un cristiano. Después de establecer en general que no es lícito á los fieles contraer matrimonio con los que no lo son, hace mención de los inconvenientes que traen estas ilícitas alianzas. "Una mujer cristiana, dice, pagará al marido pagano deberes de pagano; porque nunca será lo mismo que entre los cristianos, donde todo pasa con modestia como que sucede á vista de Dios. ¿Cómo podrá ella servir á Dios, teniendo á su lado un servidor del demonio, encargado por su señor de estorbarlo? Si necesita ir á la iglesia para una estación, él la citará á los baños antes de la hora acostumbrada. Si suese día de ayuno, él procurará dar un convite en el mismo día. ¿Permitirá el marido que vaya su mujer de calle á visitar á sus hermanos, y acaso á las mas pobres casas? ¿Que salga de noche para asistir á las oraciones de los sacrificios, y que no se acueste en la

(1) Llamábase estaciones á ciertos días en que los fieles se mantenían reunidos en oración, y ayunaban hasta la hora de nona.

solemnidad de las Pascuas? ¿La dejará ir sin sospechas á la mesa del Señor, tan desacreditada entre los paganos? ¿Hallará sufrible que su mujer entre en las cárceles para besar las cadenas de los mártires, que les late los pies y les traiga comidas y bebidas? Si llegase un hermano forastero, ¿cómo será recibido en una casa cuyo dueño es pagano? Si hay que dar una limosna, todo lo hallará cerrado la mujer; los graneros, la bodega, todo. Ann cuando el marido pagano no se oponga á ninguna de estas prácticas de la vida cristiana, siempre es un mal el tener que confiárselas. Tendrá que esconderse de él para echar la bendición al lecho ó santiguarse, al soplar para apartar toda inmundicia, y al levantarse de noche para orar. ¿No sabrá él lo, que secretamente tomáis antes de todo alimento? Y si sabe que es pan, ¿no creerá que es lo mismo que le decís?" Tertuliano habla de la Eucaristía que llevaban los cristianos á sus casas para poder comulgar todos los días, y por este pasage se advierte, que se comulgaba en ayunas y con frecuencia, y con solo la especie de pan. Ya hemos referido las odiosas calumnias que los paganos prodigaban con este motivo, y era muy de temer que una cristiana les proveyese de un nuevo pretexto para continuarlas con el cuidado mismo que pusiera en ocultar la Eucaristía y tenerla al abrigo de una profanacion. Concluye Tertuliano representando la felicidad de un matrimonio católico: "La Iglesia, dice, hace el contrato, la oblation le confirma, la bendición es el sello, los ángeles le elevan al Padre Celestial que le ratifica. Dos fieles llevan juntos el mismo yugo, oran, se prosternan y ayunan juntos, se instruyen y exhortan el uno al otro, juntos están en la iglesia y en la santa mesa; visitan libremente á los enfermos, dan limosnas sin contradicción, asisten sin inquietud á los sacrificios, cantan juntos los himnos y los salmos; y mutuamente se excitan á servir á Dios."

La mas célebre é importante de sus obras es su Apologético, compuesto hácia el año de 200 para defensa de los cristianos que en varios lugares empezaban á ser perseguidos. Esta apología, mas extensa que todas las que habian parecido hasta entonces, tambien las aventaja por la energía de su estilo incomparable, por el brillo, abundancia y nobleza de los pensamientos, por la fuerza del raciocinio, por la viveza de la discusion y por los movimientos de una elocuencia, siempre sólida é igualmente persuasiva. Dedicóla Tertuliano, sin poner su nombre, al senado romano y á los gobernadores de las provincias.

Quéjase al principio de que se condenó á los cristianos sin oírlos ni permitir que se justificasen, refutando lo absurdo del rescripto de Trajano, que todavía servia de regla en las causas que se fulminaban contra ellos; y para debilitar la autoridad de las antiguas leyes, hace ver que en general las leyes humanas no son infalibles, que dejan de ser útiles muchas veces, y cita muchas cuyo uso estaba de-

rogado, añadiendo que no las hacen recomendables ni su antigüedad, ni la dignidad de su autor, sino el verse apoyadas en la equidad y en la justicia. Alega que los emperadores mas sabios habian sido los menos severos con los cristianos, y que los primeros perseguidores, así como los mas crueles, habian sido unos monstruos, cuya memoria era execrada por los mismos paganos. Cuando llega á las calumnias relativas á los incestos y comidas de carne humana, justifica la falsedad de ellas, y aun la inverosimilitud con pruebas irreplicables, y al propio tiempo reprende á los paganos, con mayor justicia, los mismos crímenes de que ellos, sin verdad, acusaban á los cristianos.

Tertuliano responde en seguida á las dos capitales acusaciones, que eran el fundamento de todas las demas, la de sacrilegio y lesa magestad. Para combatir la primera, comprueba lo absurdo de la idolatría, recordando la historia de los falsos dioses y todas las infamias en que se implicaron: despues demuestra la verdad de la religion cristiana con el cumplimiento de todas las profecías y los milagros de Jesucristo, cuya relacion, enviada por Pilato, se habia insertado en los archivos de los romanos. "Lo que nosotros adoramos, dice, es un solo Dios, creador del universo y de todo lo que en él se contiene: todos los hombres pueden conocerle observando sus obras y oyendo la voz de su conciencia, la que á pesar de las pasiones, de la preocupacion y de las vulgares supersticiones, siempre que ella se deja sentir, le nombra solo con esta palabra: Dios: gran Dios: buen Dios: lo que sea del agrado de Dios: lo que los testimonios del alma naturalmente cristiana; y cuando se explica así, no mira al Capitolio, mira al cielo. Para mas patentizarse y hacernos conocer su voluntad, nos ha dado Dios el auxilio de las Escrituras, y se hizo anquiar por unos profetas llenos del Espíritu Santo, y cuyos escritos inspirados poseemos." Dedicase Tertuliano á demostrar la autoridad de estos divinos libros, y recuerda particularmente las predicciones que habian anunciado el establecimiento del cristianismo. "Se ven, dice, dispersos los judíos, vagando, desterrados de su patria, errantes por el universo, sin tener por rey ni á Dios ni á los hombres. Ni aun como extrangeros se les permite poner los pies en su pais. La santa palabra que les amenazaba con estas desgracias, anunciaba tambien al mismo tiempo que al fin de los siglos Dios escogería los mas fieles adoradores de toda nacion, de todo pueblo y de todo lugar, y que les daria su gracia con mas abundancia, merced á la grandeza de aquel que los habia de instruir. Predicho estaba que el autor de esta gracia y el maestro que les enseñase á todos esta doctrina, sería el Hijo de Dios." Con esta ocasion Tertuliano describe la naturaleza del Verbo, su misteriosa generacion, su union con el Padre, y se extiende con toda claridad acerca de la unidad de la sustancia y la distincion de las personas. "El

Verbo es espíritu de un espíritu, Dios de Dios y como una luz de otra luz. Así, el Verbo es Hijo de Dios y los dos son uno: ha salido de su principio sin dejarle." Donde se encuentran varias expresiones adoptadas despues en el simbolo de Nicea.

En cuanto á la acusacion de lesa magestad, se explica así Tertuliano: "En lugar de rogar por el emperador á dioses que no hay, á muertos ó estatuas que tienen necesidad de su proteccion, nosotros invocamos al Dios vivo y eterno. No juramos por el genio del César, sino por su salud, mas augusta que todos los genios, que no son otra cosa que demonios. Respetamos al emperador, porque sabemos que Dios le ha puesto en esta dignidad; pero yo no le llamaré dios, porque no sé mentir y no trato de burlarme de él. Ningun reparo tengo en llamarle señor, con tal que no se quiera confundir este tratamiento con el que damos á Dios. ¿Cómo, pues, se nos mira como enemigos públicos, porque en vez de encender hogueras en las calles, poner mesas en ellas, mezclar el vino con el lodo y correr en grupos para cometer insolencias, nosotros cumplimos nuestros deberes hácia los emperadores con sobriedad y modestia? ¡Tan culpables somos, por no cubrir nuestras puertas con ramas de laurel, y no encender lámparas en medio del dia, como se hace para señalar los lugares infames!" Tertuliano pondera la fidelidad inviolable de los cristianos, á quienes nunca se vió mezclarse en las guerras civiles, y que sufren sin quejarse toda clase de persecuciones, aun cuando son bastantes en número para vengarse de sus enemigos, si no les hubieran enseñado que no es licito rebelarse, y añade: "Ahora quiero manifestaros en qué se ocupa la faccion de los cristianos: nosotros formamos un solo cuerpo, porque tenemos la misma religion, las mismas reglas de conducta y las mismas esperanzas. Nosotros nos juntamos para pedir á Dios y leer las divinas Escrituras que sostienen nuestra fé. Allí se hacen las exhortaciones, las correcciones y las censuras. Presiden los ancianos mas acreditados que han llegado á obtener este honor, no por dinero, sino por la buena fama de su vida. Si tenemos una especie de tesoro, no es con perjuicio de la religion. Todos contribuyen al fin del mes, ó cuando quieren, porque á nadie se le obliga á contribuir; y lo que se recoge de esta manera, no se gasta en festines inútiles, sino en mantener y enterrar á los pobres, en aliviar á los huérfanos, á los ancianos y á los que se han salvado de los naufragios, á los que trabajan en las minas, y á los que están presos ó desterrados por la causa de Dios. Muy de extrañar es que desagraden á nuestros enemigos estas prácticas de caridad, y se admiran tambien de que nos amemos y estemos dispuestos á morir los unos por los otros. Admirables esto porque ellos están mas dispuestos á matarse. Como no tenemos entre todos mas que un mismo corazón y un mismo espíritu, no tenemos inconveniente en comunicar nuestros bienes: no hay, pues, que extrañar si tal amistad proporciona nuestras comidas co-

munes. Ya se sabe el fin de estos *agapes* (nombre que se daba á aquellas comidas de *caridad*, porque servían de alivio á los pobres). Nadie se pone á la mesa hasta haber orado, solo se come lo necesario, se habla con el conocimiento de que Dios está escuchando, y no se olvida uno al beber de que tiene que estar en vela toda la noche para hacer sus ejercicios. Después de lavarse las manos, se encienden las lámparas y se convida á todos para que canten alabanzas al Señor, y cuando se concluye la oración se retiran con la mayor modestia."

Discute sucesivamente Tertuliano los otros cargos que hacían á los cristianos. "Si el Tíber, dice, sale de madre; si el Nilo no inunda la provincia; si no acude la lluvia; si tiembla la tierra ó aparecen el hambre ó la peste, al instante gritan: Echad leones á los cristianos; como si todas estas cosas no hubieran ocurrido en el mundo hasta después de la venida de Jesucristo. Dicen que somos inútiles en el comercio de la vida; ¿pero cómo puede decirse, cuando vivimos con vosotros usando los mismos alimentos, los mismos vestidos y los mismos muebles? Nosotros frecuentamos vuestros mercados, tiendas, baños y posadas. Si bajan las rentas de los templos, es porque no podemos socorrer á un mismo tiempo á los hombres y á los dioses con todo lo que se nos pide. Que extienda Júpiter la mano y nosotros le daremos. Pero no sería tampoco fuera de propósito considerar el daño que hace al Estado la pérdida de tantos inocentes. Pongo por testigo vuestros registros, jueces que entendéis en lo criminal, ¿hay un solo cristiano entre los malhechores? Vuestros son los infelices que componen este catálogo; y si se hallan cristianos en él, solo es por causa de religion, ó son aquellos que cobardemente la habían antes abandonado. Nos llamáis desesperados porque despreciamos la muerte que cubrió de gloria á Scévola, Régulo y otros tantos que perecieron por su patria, por el imperio ó por la amistad: solo reputais por locura el morir por Dios. Por mas que nos ostigüeis cuanto os cumpla, nada ganará vuestra crueldad en atormentarnos: nosotros nos multiplicamos á proporcion que nos vais segando: la sangre de los mártires se convierte en una semilla fecunda de nuestros cristianos."

Tertuliano escribió al mismo tiempo que su Apologético, los dos libros á las naciones, que tienen igualmente por objeto la defensa de la religion cristiana, y poco mas ó menos contienen la misma materia y fondo de ideas que la obra antecedente. Por entonces compuso tambien otra titulada, Testimonio del alma, en que explica lo que en pocas palabras dijo en su Apologético, que la corrupcion de los hombres no ha podido borrar en tanto grado las nociones de la verdad primitivamente impresas en el alma, que no presente frecuentemente testimonio de la existencia de un solo Dios. A estas obras contra gentiles, hay que añadir el escrito dirigido á Scápula, gobernador de Africa, exhortándole para que hiciera que ce-

sase la persecucion. Tambien es una especie de apología en favor de los cristianos, en la que Tertuliano los disculpa de las obras que se les imputan comunmente, y recuerda los servicios que habían prestado, especialmente la milagrosa lluvia que obtuvieron en tiempo de Marco Aurelio. Cita algunos sucesos extraordinarios para que se conozcan los efectos de la divina venganza contra los perseguidores, y refiere el ejemplo de muchos gobernadores, que teniendo semejantes castigos, trataron á los cristianos con mas humanidad. Compúsose este escrito hacia el año 211, inmediatamente después de la muerte de Severo.

La primera obra de Tertuliano contra los hereges, y sin contradiccion una de las mas útiles, fué el tratado de las Prescripciones, en el que expone ciertos principios que deben servir para condenar todos los errores contrarios á la fé católica, sin entrar en la particular discusion del fondo, y por la simple consideracion de su novedad. Advierte desde luego que no hay motivo de admirarse de la multitud de heregias, pues que estaban profetizadas, ni debe nadie vacilar por la variacion de los personajes mas considerables en la Iglesia, como si hubiera pensado en evitar el escándalo que él mismo causó en adelante. Después asienta este principio fundamental: que no es lícito escoger ó adoptar una doctrina nueva, sino que hay que atenerse á la de Jesucristo y de los apóstoles: reprehende á los hereges su vana curiosidad y aquella temeraria presuncion que los arroja á inventar sin cesar sistemas nuevos, procurando descubrir por sí mismos la verdad que debían contentarse en aprender por la doctrina de Jesucristo. Manifiesta que las heregias se habían originado de la filosofía pagana, y declama fuertemente contra esta mezcla de los sistemas humanos con la doctrina del Evangelio. Sostiene que no se debe tolerar que los hereges intenten autorizarse con la Escritura; pues que ellos rechazan muchos libros suyos, mutilan otros, y los explican á su modo. En vez de entrar en discusion sobre los pasajes que ellos alegan, basta saber de quién son las Escrituras, quién está encargado de su depósito, quién está en posesion de la doctrina de Jesucristo, por quién se ha establecido, y cómo ha debido transmitirse. Jesucristo confió el depósito del Evangelio á doce hombres que había enviado á predicar en su nombre por todo el universo. Ellos fundaron Iglesias primeramente en Judea y después en las demas naciones. Todas estas Iglesias juntas no son mas que una sola por la comunión y la unidad de la doctrina. Luego nada se debe admitir mas que lo que los apóstoles han enseñado, y se conoce su enseñanza y su doctrina por la fé de las Iglesias que han establecido, y que han sido instruidas por ellos mismos de viva voz y con sus cartas. Los hereges deben presentar el origen de sus Iglesias y el orden y sucesion de sus obispos. Los apóstoles nada han ignorado concerniente á la salvacion, y toda esta doctrina la han comunicado á sus discípulos,

Las Iglesias no han alterado esta enseñanza, pues se ve que en todas partes es uniforme. Lo que se ha enseñado desde el origen, debe ser la verdad y venir de Jesucristo; lo que despues se ha añadido, es falso y extraño. Bien sabido es el nacimiento de las heregias: son posteriores al establecimiento de la Iglesia de que se han separado; porque las suyas no están ligadas á los apóstoles ni á los discípulos de éstos por vínculo alguno. Además: se les puede preguntar con qué derecho se ponen á enseñar, y están obligados á justificar, como lo hicieron los apóstoles, su mision con milagros. Por otra parte, sus costumbres no son mas puras que sus doctrinas: nada se ve en su vida que no sepa á terreno y mundano. Desprecian nuestra veneracion á la disciplina eclesiástica, y siempre obran sin orden ni reglas. Entre ellos no se distinguen los catecúmenos de los fieles: á todos conceden la absolucion sin discernimiento. Dan las órdenes sin examinar á los aspirantes. Tampoco se esmeran mucho en convertir á los paganos: lo único en que tienen celo, es para pervertir á los que siguen la verdadera fé. Tal es el resumen de los principios admirablemente explanados en esta importante obra.

Todavía siendo católico, escribió Tertuliano un libro titulado, *Scorpiaco*, para manifestar la excelencia del martirio contra los gnósticos que le condenaban, el libro dirigido á los mártires presos para animarlos y consolarlos, los dos sobre los adornos de las mugeres y acaso el tratado contra los judíos y el de la idolatría, aunque en uno y otro parece que condena la profesion de las armas; por lo que se infiere que si no habia ya incurrido en el cisma, á lo menos se iba apartando de la doctrina de la Iglesia, porque en su Apologético dice expresamente que en los ejércitos del emperador habia cristianos y no los condenaba. Lo mismo puede decirse respecto á su exhortacion á la castidad, porque se expresa con bastante dureza sobre las segundas nupcias, aunque enteramente no las condena. Las demas obras suyas las escribió despues de su caida, y no por eso dejan algunas de ser excelentes consideradas en globo, salvo algunos pasages en que se notan claramente los errores del montanismo.

La mas considerable de estas obras es el tratado contra Marcion, compuesto en el año 207, y dividido en cinco libros: en el primero prueba Tertuliano la unidad de Dios, demostrando que un primer principio eterno é increado debe ser soberanamente perfecto: que la perfeccion soberana resulta evidentemente de la necesidad de ser, y lleva en sí la necesidad de la unidad: que no hay razon alguna para admitir dos principios, como no habria para admitir mil; y finalmente, la doctrina de los dos principios opuestos contiene una multitud de contradicciones sin salvar ninguna dificultad de las que creyeron los marcionitas haber resuelto adoptándola. En el segundo libro prueba que el Dios criador, adorado por los judíos, es

el solo verdadero: que su bondad se infiere por sus obras, por su providencia, por sus leyes, por su misericordia con los pecadores: luego resuelve Tertuliano las dificultades que objetaban los marcionitas contra la conducta de Dios en el antiguo Testamento, y explica el origen del mal por el abuso que hizo el hombre de la libertad que le fué dada para que fuese capaz de mérito y de recompensa. En los siguientes libros explana cómo Jesucristo es verdaderamente hijo del Criador, solo Dios del universo: que él mismo aseguró era enviado por él y no por otro: que como tal fué anunciado por los profetas: que toda su vida se predijo y explicó con figuras en el antiguo Testamento: que él explicó y confirmó la ley y los profetas: que tomó verdadera carne haciéndose hombre como nosotros; y que sus padecimientos y su muerte fueron reales y no aparentes.

Compuso igualmente Tertuliano un tratado especial sobre la carne de Jesucristo para manifestar que el Hijo de Dios habia tomado verdadero cuerpo, y no uno aéreo ó aparente, como lo sostenian los marcionitas y gnósticos, suponiendo que Cristo no habia podido revestirse de un cuerpo terreno, porque la materia era mala, y porque los cuerpos eran obra del Criador, enemigo, segun ellos, del verdadero Dios. Hizo ademas un tratado particular para probar la resurreccion de la carne contra los mismos hereges, que decian que las almas abandonan para siempre los cuerpos en que las encerró el Criador, al volver al seno del Dios que ellos fingian superior al Criador.

Despues de haber sostenido la unidad de Dios contra Marcion, definió Tertuliano la Trinidad de las personas en su libro contra Praxeas. Este herege, frigio de nacion, fué á Roma en el pontificado de Victor, y denunció al mismo Pontífice los errores de Montano; pero engañado con el título de mártir que él se tomó por haber estado preso algun tiempo por confesar la fé, principió á dogmatizar por sí y enseñaba que el Padre no se distinguia realmente de Jesucristo: que estos dos nombres significaban una misma persona, mirada en dos distintas relaciones, y por tanto el Padre era el que habia tomado cuerpo en el seno de la Virgen y habia sufrido la muerte de cruz. A los que incurrieron en este error, llamaron patropasionarios, porque atribuian al Padre la pasion. Tambien se llamaron monárquicos, como gloriándose de no admitir mas que un solo principio. Praxeas sedujo á algunas personas en Roma, y convencido de su error, fué obligado á retractarse por escrito. Pero volviendo á recaer á poco, y extendiéndose esta heregia por Cartago, á donde probablemente habria él pasado, escribió Tertuliano, que era ya montanista, un tratado contra él, en que expuso y probó perfectamente la doctrina de la Iglesia, concerniente á la Trinidad, haciendo ver por medio de la explicacion de una multitud de pasages de la Sagrada Escritura, la distincion real de las tres personas, y demostrando que esta trinidad de personas no destruye la unidad

de Dios, ni establece muchos principios, porque aquellas no tienen mas que una sola y misma sustancia.

Escribió tambien Tertuliano contra Hermógenes, otro herege que dogmatizaba por entonces, y decia que la materia era eterna, y que Dios para formar el mundo no habia hecho otra cosa que acomodarla á este fin: tambien compuso un tratado contra los valentinianos, en que se ciñe á exponer sus errores para que resaltase su ridiculez; en fin, en el tratado del alma, combate la metempsicosis y otros errores de filósofos ó de hereges sobre el origen y destino del alma; pero él mismo sostiene en este libro opiniones peregrinas é inadmisibles. Aquí es donde refiere una vision de una muger montanista para probar que el alma es corpórea y capaz de extension: sin embargo, reconoce al mismo tiempo que no es ni compuesta, ni divisible, ni corruptible: por esto se puede creer que acaso suponía, siguiendo á los filósofos de aquella época, que el alma y todos los espíritus están siempre revestidos de un cuerpo sutil para poder obrar exteriormente, ó que admitía una especie de extension imaterial, como lo han hecho algunos filósofos de los tiempos modernos. En efecto, se ve en el tratado contra Hermógenes, que emplea la palabra cuerpo como sinónimo de sustancia, y que la aplica al mismo Dios á quien no cree material, pues que dice expresamente, que Dios es un espíritu, y por otra parte todo este tratado conspira á probar que Dios crió la materia. Por lo demas, es cierto que él se apartaba en este punto del lenguaje comun y de la general creencia: pues que en el tratado de la resurreccion dice expresamente que no piensa como el vulgo, sino que cree que el alma es incorpórea.

Los otros libros de Tertuliano, son el tratado del Manto ó de la capa, en el que intenta la demostracion de las razones que le asistieron para dejar la ropa larga de los romanos y tomar la de los filósofos; los libros de la Corona y de la Fuga, en donde enseña que contra la opinion general no era lícito á los cristianos llevar en la cabeza coronas de laurel, ni huir de las persecuciones: el tratado de la Monogamia, en que condena como ilícitas las segundas nupcias: el de la Pudicicia, donde defiende que no se puede admitir á reconciliacion á los que han violado las leyes de la castidad: el tratado del Ayuno, para sostener las nuevas leyes de los montanistas en este artículo; y finalmente un libro destinado á probar que las vírgenes deben andar con velo. Aunque estos libros se dirigieron contra la Iglesia católica, son preciosos respectivamente por los numerosos documentos que proporcionan sobre la disciplina de la Iglesia primitiva ó de los tres primeros siglos de ella.

En el tratado de los Ayunos que se escribió hácia el año de 217, se ve que los católicos no reconocian como ayunos de general obligacion, sino los que precedian á la Pascua, y se hallan designados ya con el nombre de cuaresma en las obras de Orígenes (*Homil. X*

*in Levit.*) En aquellos dias se ayunaba hasta la hora de vísperas, es decir, hasta la tarde; pero habia otros ayunos cada semana, que sin ser obligatorios eran generalmente observados, á saber, los miércoles y viernes, y se llamaban estaciones, no durando el ayuno mas que hasta hora de nona. Finalmente, habia otros ayunos que mandaban hacer los obispos por las necesidades de la Iglesia, y otros que cada uno se imponia por devocion particular y concluián á la misma hora. Algunos fieles pasaban muchos dias sin tomar ninguna clase de alimentos, especialmente en la semana santa: otros añadian al ayuno una particular abstinencia que se nombraba xerophagia; y consistia en no comer mas que frutas secas y aun muy chisimas veces solo pan y agua con un poco de sal: esto solo se observaba en los ayunos de devocion. Los montanistas tuvieron la temeridad de imponerle como obligatorio, así como los ayunos de las estaciones, prolongando estos hasta la tarde con sola la autoridad de su fingido Paráclito. Por lo demas no se ayunaba los domingos, ni en los cincuenta dias que median entre la Pascua y Pentecostes.

En el libro de la Pudicicia, Tertuliano, con motivo de una sentencia del Papa contra los montanistas, se expresa en estos términos: "He sabido que se ha publicado una decision completamente perentoria; porque el soberano Pontífice, es á saber, el obispo de los obispos, declara que perdona los pecados de adulterio á los que hubieren hecho penitencia." Dando se ve un testimonio de excepcion sobre la autoridad que se reconocia en el obispo de Roma; porque aunque Tertuliano hablaba así por ironía, y no exaltaba esos títulos mas que para burlarse de ellos, es evidente que esta burla no hubiera tenido fundamento, si en efecto el Papa no hubiera sido considerado por los católicos como el jefe de la religion y pastor de los mismos obispos. En dos pasajes del mismo libro habla de la figura del buen Pastor que ponian los católicos en sus cálices, y aunque estaba muy irritado con ellos, no se atrevió á reprehender este uso: en lo que se justifica que habia venido por tradicion la costumbre de poner imágenes, y no era posible desvirtuar aquella autoridad.

Escribió el libro de la Corona hácia el año 235, con motivo de que un soldado cristiano se negó á ponerse en la cabeza una de laurel, cuando se presentó con sus compañeros para recibir los premios que se distribuian en el campo en nombre de los emperadores. Como le vieron acercarse solo con la cabeza descubierta y la corona en la mano, atrajo la atencion esta singularidad y produjo murmullos: preguntándole el tribuno la razon, y sabiendo por él que no se habia creído autorizado para coronarse siendo cristiano, le mandó remitir á los prefectos del campo que le degradaron y pusieron preso. Muchos cristianos desaprobaban la conducta de este soldado como imprudente, porque se expuso temerariamente con su